

## Celos románticos. Celos mórbidos.

### Un capítulo en la historia de la patologización de las pasiones<sup>1</sup>

*Javier Moscoso*

**Resumen:** A través de distintos estudios de caso, este texto explora la progresiva patologización de los celos durante la primera mitad del siglo XIX. Desde los celos morales a los regímenes observacionales, las dudas relacionadas con el diagnóstico de conductas delirantes, así como sus consecuencias jurídicas, estuvieron ligadas a nuevas formas culturales, discursivas y narrativas, que permitieron la transformación de la emoción en historia. En los casos examinados, esas formas discursivas estuvieron ligadas a conductas observacionales obsesivas, similares a las que han sido estudiadas en el contexto del desarrollo de las ciencias experimentales.

**Résumé :** À partir de différentes études de cas, ce texte explore la progressive pathologisation de la jalousie pendant la première moitié du dix-neuvième siècle. De la jalousie morale aux régimes observationnels, les doutes associés au diagnostic de conduites délirantes, ainsi que leurs conséquences juridiques, ont été liés à de nouvelles formes culturelles, discursives, et narratives permettant la transformation de l'émotion en histoire. Dans les cas examinés, ces formes discursives étaient rattachées à des conduites d'observation obsessionnelle, semblables à celles étudiées dans le contexte du développement des sciences expérimentales.

#### Celos morales

Antes de su completa medicalización a finales del siglo XIX, los celos eran una pasión confusa y poco conocida. Todavía a mediados del siglo muchos médicos se quejaban con amargura del poco interés que el estudio de esta conducta emocional había despertado en el contexto de psicología, de la psiquiatría o de la medicina legal. Fue sólo en el cambio de siglo que esta inclinación excesiva hacia la sospecha comenzó a considerarse una enfermedad mental vinculada específicamente a los negocios de la vida conyugal.<sup>2</sup> En cierto sentido, *la jalousie en amour* no fue un invento del romanticismo, sino resultado de la profesionalización progresiva de la psiquiatría legal.<sup>3</sup> Mientras que a finales de siglo

---

1. Este texto se ha realizado con ayuda del Ministerio de Economía, a raíz del proyecto FFI2013-46361-R: elementos subjetivos y objetivos en la Historia cultural del bienestar (well-being): 1750-1950 epistemología histórica y economía moral". Fue escrito mientras fui Profesor visitante en el Centro Alexandre Koyré de París y en Centre for the Humanities at Washington University en St. Louis, MO. Mi agradecimiento para la Dirección de ambas instituciones.

2. E. VILLERS, *Le délire de la jalousie*, Thèse présentée à la faculté de médecine de l'université de Bruxelles, Bruxelles, Henri Lamertin, 1899, p. 2. Sobre los celos, véase MATHES Eugene, *Jealousy: The Psychological Data*. Maryland, University Press of America, 1992; SALOVEY, Peter, (ed.). *The Psychology of Jealousy and Envy*. New York, The Guilford Press, 1991; SCHOENFELD, Eugene, *Jealousy: Taming the Green Monster*. New York, Holt, Rinehart and Winston, 1979. STEARNS, Peter N., *Jealousy: The Evolution of an Emotion in American History*. New York, New York University Press, 1989 y VAN SOMMERS, Peter, *Jealousy: What is it and who feels it?* London, Penguin Books, 1988. De manera más general, sobre la relación entre emociones y enfermedades, véase Bound Alberti, Fay, ed., *Medicine, Emotion and Disease, 1700-1950*, Palgrave, Macmillan, 2006.

3. VÉASE Eugène Mailliet, *Essence des passions. Etude psychologique et morale*, Université de Paris, Paris, Hachette, 1877. Mailliet opone las emociones, que define como estados normales y regulares que resultan del ejercicio razonable y moderado de nuestras facultades, a las pasiones, que constituyen rupturas de ese equilibrio.

XIX, los celos excesivos o mórbidos comenzaron a vincularse de manera exclusiva a las pasiones del corazón, y más en concreto, a las sufridas por los esposos o esposas que “persuadidos y envenenados por indicaciones falsas y ridículas” acusaban a sus parejas de faltar o de haber faltado a sus deberes de fidelidad, durante la primera mitad del siglo, muchos autores consideraban que los celos mórbidos afectaban no tanto a los amantes como a los niños.<sup>4</sup> No era una condición de la edad adulta, sino de la rivalidad de los hermanos durante la infancia. Moreau de Tours, por ejemplo, citaba el caso de un niño de tres años de edad que apuñaló a su hermano de veinte meses con un cuchillo de cocina<sup>5</sup>. El propio Descuret refería también la historia de un niño de doce años que derritió la cera de una vela en la boca y la nariz de su hermana.<sup>6</sup> Un joven de catorce años también se ahorcó al no poder resistir el amor que profesaba su madre por un hermano de un segundo matrimonio. En 1888, un niño de diez años cortó la garganta de su hermano con una navaja de afeitar, y cincuenta años antes, en 1838, una niña de doce años envenenó a su hermana por las mismas razones.<sup>7</sup>

Quizás el crimen más famoso relacionado con los celos de naturaleza no romántica fue el de Henriette Cornier, la doncella parisina que, en 1824, tomó en la calle a una niña de diecinueve meses llamada Fanny, subió la escalera común de su casa con un cuchillo de grandes dimensiones que recogió en la cocina y, una vez en su apartamento, extendió a la niña en cama, antes de cortarle la cabeza de un solo golpe. Cuando la madre acudió a buscar a su hija, Henriette se limitó a responder con frialdad: “vuestra hija ha muerto”. En el mismo momento en que la madre abría la puerta, la doncella arrojó la cabeza de la pequeña por la ventana. Durante su juicio, Esquirol y otros médicos expresaron sus dudas sobre el estado mental de esa joven que, interrogada en la Salpêtrière, dijo sentirse celosa del amor y la atención que sus vecinos profesaban a la pequeña Fanny; un tratamiento que ella, siendo también hija única, nunca había ni tenido ni disfrutado. Gracias a las dudas de los médicos, el jurado pronunció una sentencia de homicidio voluntario sin premeditación. Evitando la pena capital, la doncella fue condenada a cadena perpetua con trabajos forzados; una sentencia que al parecer escuchó sin dejar entrever la más leve emoción en su rostro.<sup>8</sup>

Más allá de la medicalización del caso, el crimen de Henriette parecía sugerir que los celos operaban dentro de un continuo de morbilidad que, solo en el exceso, pasaba a ser patológico. Su estudio, su expresión, o las consideraciones críticas o jurídicas a las que dio lugar el caso se producían también en un contexto moralista en el que los autores trataban de demostrar que esta pasión no tenía nada que ver con el verdadero amor por otro, sino con el amor confundido con uno mismo. “Los celos, [escribía por ejemplo el médico militar francés Joseph Clément Tissot], son resultado del miedo y la aprensión producida por la idea de que un ser al que amamos, ama a otro<sup>9</sup>”; una idea que podía muy bien producir los mismos efectos en los adultos y en los niños.

Es precisamente esta naturaleza pueril y tragicómica de los celos lo que encontramos en las pequeñas novelas u obras dramáticas del siglo XVII, ya sea en la novela de *El curioso impertinente*, escrita por Cervantes y que se incluye en la primera parte de *El Quijote*, en el drama de *Otelo* de

---

4. MOREAU DE TOURS, Paul, *La folie chez les enfants*, París, J.-B. Baillière et fils, 1888, p. 231. Véase también, DESCURET, Jean-Baptiste-Félix, *La médecine des passions, ou les passions considérées dans leur rapports avec les maladies, les lois et la religion*, Liège, Lardinois, 1851, p. 348.

5. Citado por VILLERS, *op cit.*, p. 38.

6. DESCURET, *op cit.* p. 35.

7. VÉASE IMBERT, Joseph Marius, *Le délire de la jalousie affective*, Thèse pour le doctorat en Médecine. Bordeaux, Imprimerie du Midi, Paul Cassagnol, 1897, p. 20.

8. Para una descripción detallada del caso, véase C.C.H. Marc, *Consultation médico-légale pour Henriette Cornier, accusée d'homicide commis volontairement et avec préméditation, précédée d l'acte d'accusation*, París, Roux, 1826. El caso también es discutido por Michel Foucault, *Les anormaux, Cours au Collège de France, 1974-75*, París, Seuil, 1999

9. TISSOT, Clément-Joseph, *De l'influence des passions de l'âme dans les maladies, et le moyens d'en corriger les mauvais effets*, París, Amand-Koenig, 1798, p. 116.

Shakespeare o en algunas otras obras de Molière. Para los grandes moralistas franceses, como Charron o La Rochefoucauld, los celos eran una pasión natural que, sin estar directamente relacionada con la vida marital, podía desencadenar sus más perniciosos efectos como resultado de circunstancias contingentes. Solo cuando parecía excesiva en grado o en intensidad, la emoción devenía patológica, irracional o absurda. Su carácter se manifestaba a la manera de un compuesto y se definía como una mezcla de emociones todavía más elementales, lo que explica que durante el Renacimiento, los celos fueran a menudo confundidos con la envidia. Esta mezcla de amor, miedo, duelo y odio carecía incluso de forma expresiva propia, de manera que cuando Charles Darwin publicó su *Expresión de las Emociones en los Animales y en los hombres* reconoció que los celos no poseían una forma distintiva propia, quizá porque se trataba de una experiencia en donde la persona sentía otro número de emociones: enfado hacia aquellos cuya atención se reclama o hacia el rival a quien se envidia; miedo ante la anticipación de una pérdida; odio hacia los otros, o hacia uno mismo por el mero hecho de sentir celos<sup>10</sup>. Tampoco en *El Atlas de las Pasiones* del antropólogo italiano Paolo Mantegazza, gozaban los celos de una representación clara. Como en otras ocasiones, el sentimiento se representaba como parte de un envenenamiento de la mirada. Durante el Medioevo y el Renacimiento, su forma de representación más extendida consistía en una serpiente clavada en los ojos. Los envidiosos, a quienes Dante representa en la segunda cornisa del *Purgatorio*, con los párpados pegados hacia dentro para que no pudieran experimentar alegría ante las desgracias ajenas, compartían en ocasiones algunos de los rasgos expresivos de los celosos, sin que esta última pasión adquiriera signos o rasgos distintivos propios.

Esta indeterminación expresiva fue también determinante en el caso de Henriette Cornier. Su defensa llegó a sugerir que la ausencia de razones para cometer el crimen, la falta de toda emotividad cuando fue detenida, así como el estado de estupefacción de la acusada, en contraste con su capacidad para responder a todas las preguntas de manera coherente y precisa, sugerían la presencia de una de locura parcial<sup>11</sup>. Al igual que muchos otros monomaniacos, Henriette tenía sensaciones a las que no podía resistirse y determinaciones automáticas que no podía controlar. Sus acciones eran contrarias a sus afectos, a sus intereses, a sus inclinaciones naturales y, por supuesto, también a los usos sociales<sup>12</sup>. Sufrió de una desorganización parcial de sus facultades que la forzaba a realizar acciones, incluso acciones criminales, en contra de sus valores más profundos y de sus más virtuosos deseos. Henriette, sin embargo, no mostraba ningún tipo de lesión en las facultades superiores de la mente. Por el contrario: su razonamiento era lógico y su línea de pensamiento fluida.

### Celos mórbidos

A pesar de las diferencias en la definición y, sobre todo, en la posición con respecto a la conexión entre los celos y las enfermedades mentales, casi todos los tratados de las pasiones escritos en la primera mitad del siglo XIX compartían la misma narración descriptiva de los síntomas y el mismo repositorio de sus causas. Al igual que en muchas otras condiciones relacionadas con pasiones exacerbadas, o con condiciones clínicas relativas a la sexualidad, como el masoquismo por ejemplo, los tratadistas consideraron los celos como una emoción universal en la naturaleza y en la cultura. La pasión podía observarse en los niños, por supuesto, así como en otras muchas especies animales. Para muchos

---

10. DARWIN, Charles, *The Expressions of Emotions in Man and Animals*, New York, Appleton and CO, 1873, pág. 78.

11. C.C.H. Marc, *Consultation médico-légale pour Henriette Cornier, accusée d'homicide commis volontairement et avec préméditation*, París, Roux, 1826, p. 17 ss.

12. ESQUIROL, E., *Des maladies mentales*, t. 1, París, J.-B. Baillière, p. 262, citado por VILLERS, E., *Op.cit.*, p. 2.

expertos, se trataba en efecto de una característica concomitante a todo tipo de amor<sup>13</sup>. Eso implicaba que la distinción entre la emoción razonable y la pasión irracional debía considerarse una cuestión de intensidad que describía la misma realidad bajo la perspectiva de los grados antes que de los tipos. En la mayoría de los casos, los celos mórbidos pertenecían a una región intermedia, al espacio imaginario de *les frontières de la folie*. Sólo cuando la pasión era excesiva, escribió el médico Trélat, los celos debían entenderse como una condición clínica que requería tratamiento<sup>14</sup>.

Para aclarar esta delicada escala de intensidades, el doctor Imbert distinguió entre la obsesión, la idea fija y el delirio. Moreau de Tours, famoso por su trabajo sobre la relación entre la locura y el cannabis, consideraba cinco grados diferentes en los que la pasión podía manifestarse: los celos débiles, que se expresaban por pequeños problemas intelectuales, así como por algunos inconvenientes para la pareja; los celos fuertes, que daban lugar a peleas y escenas de violencia, incluyendo ideas, aunque solo ideas de homicidio; los celos violentos, que conducían a pensamientos de homicidio; los celos excesivos, que acababan en el suicidio de la persona celosa; y, por último, los celos indignados, aquellos que conducían al asesinato de la pareja y al suicidio del criminal.

En este contexto de graduación progresiva, desde la emoción natural hasta la pasión mórbida, la dificultad consistía en clarificar en qué condiciones, observables, podía distinguirse lo normal de lo patológico o lo natural de lo criminal. Las posibilidades diagnósticas dependían del estudio detenido de la etiología, de la sintomatología, así como de los rasgos visibles de la enfermedad. Si comenzamos por esta última circunstancia, los tratados de las pasiones del siglo XIX consideraron suficientemente acordado que, en el caso de los celos mórbidos, la sangre circula desde la periferia hasta el centro. El hígado, en concreto, transforma grandes cantidades de sangre negra en bilis amarilla, siendo esa la razón por la que los celosos manifestaban trastornos en la digestión y una disminución importante de sus fuerzas. La piel, a su vez, adquiriría un tono verdoso o amarillento. Con el tiempo, esta irritación intestinal se transmitía al cerebro, lo que explicaba la presencia de pensamientos tristes y tumultuosos, el amor a la soledad y a la oscuridad, así como la presencia de insomnios crueles que los conducía a una forma de melancolía o de hipocondría, en los casos menos serios, o al suicidio y la muerte, en los casos más graves. Desde el punto de vista de la conducta observada, la forma patológica de la enfermedad tampoco afectaba por igual a hombres y mujeres. Si el celoso era un varón, escribía el médico Trélat, el abusa de su autoridad, atormenta, amenaza, se indigna, juzga, martiriza, hiere y lastima, a veces mata. Si es una mujer, la afectada, llora, grita, todo lo transforma en violencia, cansancio y fastidio<sup>15</sup>.

Otro tanto podría decirse en relación a las causas, pues mientras que el origen de la pasión parecía bien conocido, los factores desencadenantes de la enfermedad eran mucho menos claros. Entre las causas de los celos mórbidos hubo un acuerdo general en que éstas debían incluir no sólo la herencia, la edad, el sexo, el carácter, el estado civil o la educación, sino también las caídas, las contusiones, la clorosis y la anemia, los reumatismos, las fiebres tifoideas, el cólera, la viruela o el alcoholismo. Muchas de estas causas estaban también ligadas a razones de tipo moral, como la “ambición malsana y desproporcionada”, los desacuerdos dentro de la familia, la repentina pérdida de la fortuna o el miedo causado por la perspectiva de cualquiera de estos acontecimientos<sup>16</sup>.

Pensemos en el *affaire Laffargue*. La historia de este joven carpintero que, en enero de 1829, mató a su amante, Thérèse Castadere, se convirtió también en un lugar común en el plano de la clínica, así como en otras tantas discusiones legales con respecto a la responsabilidad penal de los supuestos

---

13. VILLERS, *Op.cit.*, p. 44.

14. TRÉLAT, Ulysse, *La folie lucide*, Paris, A. Delahaye, 1861, p. 137.

15. *Ibid.*, p. 137.

16. DOREZ, Amand, *La jalousie morbide*, Faculté de médecine, Paris, Thèse pour le doctorat en Médecine, 1889, p. 48-49. Véase también VILLERS, *Op.cit.*, p. 47.

alienados. Este joven confesó que había matado a Thérèse, después de que ella hubiera faltado a sus fidelidades: “Me perseguía una sola idea. Vamos, [dijo], alguien tiene que morir. No podía pensar en otra cosa. Esa misma noche, en mi insomnio cruel, tomé un arma de fuego. Nadie puede imaginar lo horrible que fue esa noche. La agitación de mi sangre me hizo saltar arriba y abajo en mi cama en contra de mi voluntad. Yo estaba fuera de mí cuando regresé a casa”. Se trataba, sin duda, de un caso de celos, pero también es la historia de alguien que ha sido arrastrado por una idea, que parecía dominado por su propia imaginación. “Yo estaba fuera de mí”, afirmó en un inocente juego de palabras “cuando volví a mi casa”. Su caso fue considerado como un claro ejemplo de monomanía, lo que incluía el carácter obsesivo de la enfermedad, así como la manifestación de alucinaciones y delirios. Después de todo, el carpintero había visto serpientes que se arrastraba fuera de la boca de Thérèse justo antes de matarla. Es por eso que le cortó la garganta con un cuchillo tras haberle pegado dos veces. Después de una defensa muy sutil por sus abogados, fue, sin embargo, considerada no culpable de homicidio con premeditación.

Un caso penal similar, aunque con un resultado muy diferente, implicó al belga Philip-François Debacker. Este joven oficial, que se casó en 1806 con una esposa que le dio una docena de hijos, estableció en Nantes en 1812 un pequeño y próspero negocio. Contrató entonces como moza de tienda a una niña de dieciséis años llamada Mariette Vilain, y no pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a sentir un amor apasionado el uno por el otro. Después de tres años de encuentros fugaces, y “poseído por su pasión”, como explicaban las crónicas, Debacker abandonó a su familia para establecerse en París junto a Mariette. Allí ella comenzó a actuar como si fuera su esposa, mientras su verdadera esposa, que había quedado en una situación económica más que precaria, se suicidó arrojándose a un pozo. Poco tiempo después de su llegada a París, Mariette comenzó a presionar a Philip-François para que se casara con ella, pero ante su negativa, decidió abandonarlo y comenzar una nueva vida. A pesar de las promesas renovadas del comerciante, ella se negó a volver, arrendó un apartamento compartido con otra mujer y comenzó a salir con otros hombres. Tanto ella como su compañera de piso aparecieron muertas poco tiempo después. Aunque Philip-François también se había apuñalado a sí mismo varias veces, sobrevivió a su intento de suicidio. Como Laffargue antes que él, también declaró que había perdido la cabeza. “Yo sé que soy culpable, dijo, pero no sé bien lo que he hecho”. Al contrario que Laffargue, sin embargo, fue condenado a muerte y guillotinado en la plaza de Grève.

Para Esquirol, para Georget, para los grandes alienistas del momento, estaba claro que, de la misma manera que un crimen cometido en el estado de sonambulismo no podía considerarse un acto voluntario, todos los delitos cometidos bajo la influencia de pasiones fuertes e imparables no debía conducir a ninguna forma de condena penal. Para Élias Regnault, sin embargo, que era abogado de la Real Audiencia, no había ninguna razón legal para considerar loco, o parcialmente loco, a ninguna persona que pudiera sufrir de celos o de envidia<sup>17</sup>. De acuerdo con el código penal, tanto el asesinato de la esposa infiel y la castración del violador eran excusables si se ambos actos tenían lugar en el hogar del marido o inmediatamente después del abuso sexual, pero esta concesión para los delitos cometidos bajo la influencia de fuertes pasiones no se aplicaba en muchos casos de presuntos monomaniacos<sup>18</sup>.

---

17. REGNAULT, Élias, *Du degré de compétence des médecins dans les questions judiciaires relatives aux aliénations mentales, et des théories physiologiques sur la monomanie*, Paris, B. Warée fils aîné, 1828, p. 23. Véase del mismo autor, *Examen critique d'un rapport de MM. Esquirol et Ferrus, sur deux homicides commis par un homme atteint de monomanie avec hallucination*, Paris, Imprimerie de Marchand du Breil, [sd]. Para una opinión contraria, véase GEORGET, Etienne-Jean, *Examen médical de procès criminaux des nommés Léger, Feldtmann, Lecouffe, Jean-Pierre et Papavoine, dans lesquels l'aliénation mentale a été alléguée comme moyen de défense*, Paris, Migneret, 1825.

18. Artículo 324 del Código Civil: “Néanmoins, dans le cas d'adultère, prévu par l'art. 324, le meurtre commis par l'époux sur son épouse, ainsi que sur le complice, à l'instant où il les surprend en flagrant délit dans la maison conjugale, est excusable”. Art. 325: “Le crime de castration, s'il a été immédiatement provoqué par un outrage violent à la pudeur, sera considéré comme meurtre ou blessures excusables”.

Las dificultades se encontraban en muchos frentes. En primer lugar, no había ningún procedimiento claro para el establecimiento del diagnóstico infalible. Los desajustes de la constitución orgánica y los trastornos parciales de las facultades no eran idénticos en todos los casos, de modo que la mera observación de los rasgos faciales o de las expresiones gestuales resultaban insuficientes para acordar un diagnóstico más allá de toda duda razonable<sup>19</sup>. En segundo lugar, puesto que la distinción entre la pasión y la enfermedad era un asunto de grado, parecía probable que los alienistas estuvieran confundiendo el delirio de los estados pasionales con el delirio de otras formas de locura<sup>20</sup>. Por último, la morbilidad parecía depender no tanto de la falta de razón como de la ausencia de razones. La definición clínica parecía depender cada vez menos de la idea fija y más de su carácter alucinatorio. Los celos mórbidos se asociaban a una comprensión errónea de la realidad, ya fuera basada en una deformación de las impresiones sensoriales o en su carácter delirante<sup>21</sup>. La pasión pasaba a ser mórbida cuando no tenía correlación alguna con los hechos de la realidad<sup>22</sup>. Era una condición que no descansaba en ninguna evidencia, pero en la que los afectados tomaban meras indicaciones de infidelidad fuera de su contexto natural y las transformaban en pruebas indiscutibles. Esta es en parte la razón por la que los celos mórbidos, que todavía se explican en términos de pasiones monomaníacas en la obra de Moreau de la Tour o de Berthier fueron cada vez con más frecuencia comprendidos como una manifestación de alcoholismo crónico o como una forma de fobia<sup>23</sup>. Había otra posibilidad, sin embargo. Quizás el diagnóstico no dependía de la naturaleza delirante, o en la homogeneidad de las características físicas, sino en el comportamiento observado de los afectados por la enfermedad.

### Régimen observacional

El régimen de observación de los celos aparece descrito en muchos lugares diferentes. Para Joseph-Marius Imbert, por ejemplo, todos los que se ven afectados por esta triste pasión mantienen una vigilancia activa sobre sus esposas o sus maridos, espían sus rostros, sus cambios de humor; tratan de reconstruir el encadenamiento de los hechos con una perspicacia notable<sup>24</sup>. En el caso que abre el tratado del médico Dorez, de la Facultad de Medicina de París, nos encontramos con el mismo principio rector. Merece la pena detenerse en este caso. La señora C. entró en la Clínica de enfermedades mentales a la edad de 32 años. Estaba aquejada de melancolía depresiva con ataques histéricos, alucinaciones de la vista y el oído, ideas de persecución, preocupaciones hipocondríacas, celos mórbidos, crisis de exaltación con amenazas y violencia”. Estaba convencida de que su marido tenía una aventura con la conserje: “*votre mari vous trompe avec la concierge, tout le monde le sait*”, pensó que había oído en las calles. Poco después, pensó que no era solo la conserje, sino *la charbonnière*. Nuestra mujer estaba tan obsesionada con la supuesta infidelidad de su marido que lo seguía a todas partes, todas las mañanas, a partir de una distancia más o menos lejana, para asegurarse de que entraba en su puesto de trabajo en el Ministerio de Marina. Su lógica de la sospecha implicaba un examen detallado de sus movimientos, de sus gestos, palabras y rasgos faciales. Esta “vigilancia extravagante”, como la denominaba el doctor Dorez configuraba un régimen de observación sometido a exigencias y servidumbres. Esto no impedía, por supuesto, que madame C padeciera ataques más graves y comportamientos peligrosos. Todos los días, en la plaza de la

---

19. DESCURET, Jean-Baptiste-Félix, *Op.cit.*, p. 597-598.

20. REGNAULT, Élias, *Op.cit.*, p.50.

21. BERTHIER, *Monomanie de jalousie, type de dissimulation*, Tribune médicale, 1873.

22. VILLERS, *Op.cit.*, p. 10: «Mais bientôt un nouvel élément vient fortifier les soupçons de jaloux: ce sont les illusions, qui amènent le malade à dénaturer les moindres faits et à les transformer, du moins pour lui, en preuves accablantes».

23. GEORGET, Etienne-Jean, *Op.cit.*, p. 116. Citado por Regnault, *Op.cit.*, p. 76.

24. IMBERT, Joseph-Marius, *Op.cit.*, p. 15.

Concordia, en frente de la Consejería, comenzaba a gesticular, a llorar, a gritar: “¿Habéis visto salir a ese hombre infame capaz de engañar a su esposa con la portera, con la carbonera?”

En muchas historias clínicas, este régimen observacional se estableció claramente. La primera observación que figura en el tratado de Villers, por ejemplo, incluye la historia de un marido que no se limitaba a seguir a su esposa en todas partes, sino que estaba tan obsesionado con su supuesta infidelidad que examinaba sus sábanas y su ropa en busca de pruebas. Es esta obsesión observacional la que produce incertidumbres, no sólo en los pacientes, sino también en los médicos. Para Villers, las ideas expresadas por estas personas parecían tan plausibles y realistas, que a veces era muy difícil discriminar los límites del delirio. Al igual que en el caso de hipocondría o cualquier otra forma de lo que más tarde sería llamado “neurosis”, el examen clínico tomaba en primera instancia la forma de una búsqueda negativa. En el caso de celos mórbidos, el diagnóstico debía comenzar por el interrogatorio no del paciente sospechoso, sino del esposo o del marido sospechado. En la historia clínica de la señora C, su esposo fue descrito como “un hombre dulce y paciente, tal vez demasiado paciente, a quien los celos de su mujer le habían hecho sufrir enormemente durante los últimos tres años”. De hecho, podríamos decir que la característica principal de la enfermedad radicaba tanto en el comportamiento de los celosos, cuyos síntomas a veces no eran claros, como en el comportamiento de sus parejas. En muchas ocasiones es precisamente la devoción intachable de la esposa la que nos lleva a la convicción de la locura del marido, o viceversa<sup>25</sup>.

La diferencia entre la pasión y la enfermedad era considerada desde una pluralidad de ángulos y perspectivas. Se trataba, en primera instancia, de un problema de grado, o de intensidad, que al mismo tiempo sugería una división entre una pasión irracional e infantil y una emoción moderada. La falta de pruebas concluyentes convertía el régimen observacional de los pacientes, su lógica de la sospecha, en la expresión de la necesidad de certezas. Esta búsqueda morbosa de pruebas afectaba por igual a los pacientes, a los médicos y a los abogados. Los datos contenidos en algunas de las historias clínicas relacionados con celos mórbidos llegan a sugerir que los procedimientos empleados para distinguir las pasiones de las emociones, las enfermedades de las pasiones, o a los criminales de los locos estaban ocultos dentro de las herramientas retóricas de esas mismas narraciones<sup>26</sup>. En todos los casos, el examen del estado afectivo se daba bajo una forma dramática que involucra la presencia sutil y sin embargo esencial de personajes secundarios. Al igual que en el caso de algunas otras formas de neurosis, el diagnóstico depende de la interrogación atenta de testigos, cuya actitud resultaba esencial para llegar a un acuerdo no sólo en relación a la naturaleza ilusoria del paciente, sino también en lo que concierne a la responsabilidad jurídica del presunto criminal. Es a partir del acuerdo general relativo a la inocencia de Thérèse Castedere que Laffargue fue declarado oficialmente loco, si bien era la culpabilidad de Mariette Villain la que también llevó a Philippe Debacker a la tumba. En estos casos, como en muchos otros, la lógica de la sospecha operaba dentro de la economía moral de una atención obsesiva en la que tanto los pacientes como los médicos se comportan como filósofos naturales. Su forma dramática implicó la presencia de actores secundarios cuyas vidas y, a veces, sus muertes, se describían de pasada. No sabemos, y no tenemos medios de saber si ese marido dulce y paciente estaba teniendo una aventura con la portera o con *la charbonnière*. Lo que sí sabemos es que, cuando su esposa fue recluida en el sanatorio mental de Sainte-Anne, interrogada por los médicos sobre las razones por la que había entrado en el hospital, contestó que no podía perdonar a su marido que quería hacerla pasar por loca. Podríamos muy bien decir que, al menos desde su punto de vista, no estaba celosa de su marido, sino también celosa de sus propias razones.

---

25. DOREZ, *Op.cit.*, p. 16-18.

26. VILLERS, *Op.cit.*, p. 61.

\*\*\*\*\*

El clasicista y filólogo David Konstan ha afirmado que “los antiguos griegos de la época clásica no pudieron haber conocido los celos en absoluto, al menos en el sentido romántico moderno de la palabra”. En lo que respecta a su tratamiento clínico, los celos románticos tampoco fueron muy “románticos” en el sentido habitual de la palabra<sup>27</sup>. Por el contrario, la pasión, lejos de estar relacionada con los asuntos del corazón, estaba conectada con los sentimientos de posesión, auto-dominio y ambición. Los elementos retóricos presentes en las historias clínicas no solo permiten entrever la forma colectiva en la que se establece un diagnóstico, sino profundizar en las condiciones culturales que hacen posible al mismo tiempo la manifestación de la pasión y el establecimiento de la enfermedad. El régimen observacional de los celos mórbidos coincide con la pasión por la objetividad y con la búsqueda obsesiva de certezas porque ambos, la pasión y el conocimiento, forman parte del mismo nicho cultural. La búsqueda de lo absoluto, con la que Balzac representó al filósofo natural, comparte rasgos obsesivos con otras formas culturales de observación. Tiene razón Lorraine Daston cuando liga el desarrollo de las prácticas observacionales a los universos emocionales del romanticismo<sup>28</sup>. Pero lo contrario también es cierto. Las pasiones románticas contienen expresiones pautadas de búsqueda, quizá no de lo absoluto, pero sí de la verdad.

De manera más general, la historia de los celos viene a sugerir que el estudio de las emociones del pasado no remite a la referencialidad de las experiencias subjetivas, sino a su narratividad<sup>29</sup>. Por eso siempre será más interesante, llegados a examinar el tejido emocional del presente o del pasado, remitirse a la filosofía de la historia antes que a la filosofía del lenguaje. Dicho de otro modo, la historia de las emociones no atañe a los procesos de construcción de conocimiento, cuanto a las circunstancias culturales que permiten la transformación de una singularidad en un relato. La dificultad en el estudio de las emociones no recae en saber cómo podemos trascender la sensación subjetiva y alcanzar un lenguaje común, sino en cómo una pasión, una pasión singular, se ha transformado en historia<sup>30</sup>.

---

27. KONSTAN, David, *The Emotions of the Ancient Greeks: Studies in Aristotle and Classical Literature*, University of Toronto Press, 2006, p. 220. Ver también KONSTAN, David and RUTTER, Keith, *Envy, Spite and Jealousy. The Rivalrous Emotions in Ancient Greece*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2003.

28. DASTON, Lorraine, *Breve historia de la observación científica*, traducción de Eduardo González Muñiz, La Cifra, México, 2012.

29. ARISTÓTELES, *Retórica*, Madrid, Alianza, 2010, pág. 110.

30. KOSELLECK, Reinhart, “Transformation of Experience and Methodological Change. A Historical-Antropological Essay”, en *The Practice of Conceptual History*, Stanford University Press, 2002, pp. 45-83.



Obras Citadas

- ALBERTI, Fay Bound, ed., *Medicine, Emotion and Disease, 1700-1950*, Palgrave, Macmillan, 2006.
- BERTHIER, *Monomanie de jalousie, type de dissimulation*, Tribune médicale, 1873.
- DARWIN, Charles, *The Expressions of Emotions in Man and Animals*, New York, Appleton and CO, 1873, pág, 78.
- DASTON, Lorraine, *Breve historia de la observación científica*, traducción de Eduardo González Muñiz, La Cifra, México, 2012.
- DESCURET, Jean-Baptiste-Félix, *La médecine des passions, ou les passions considérées dans leur rapports avec les maladies, les lois et la religion*, Liège, Lardinois, 1851, p. 348.
- DOREZ, Amand, *La jalousie morbide*, Faculté de médecine, París, Thèse pour le doctorat en Médecine, 1889.
- ESQUIROL, *Des maladies mentales*, t. 1, París, J.-B. Baillière.
- FOUCAULT, Michel, *Les anormaux, Cours au College de France, 1974-75*, París, Seuil, 1999.
- GEORGET, Etienne-Jean, *Examen médical de procès criminels des nommés Léger, Feldtmann, Lecouffe, Jean-Pierre et Papavoine, dans lesquels l'aliénation mentale a été alléguée comme moyen de défense*, París, Migneret, 1825.
- IMBERT, Joseph Marius, *Le délire de la jalousie affective*, Thèse pour le doctorat en Médecine. Bordeaux, Imprimerie du Midi, Paul Cassagnol, 1897.
- KONSTAN, David, *The Emotions of the Ancient Greeks: Studies in Aristotle and Classical Literature*, University of Toronto Press, 2006.
- KONSTAN, David, and RUTTER, Keith, *Envy, Spite and Jealousy. The Rivalrous Emotions in Ancient Greece*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2003.
- KOSELLECK, Reinhart: "Transformation of Experience and Methodological Change. A Historical-Antropological Essay", en *The Practice of Conceptual History*, Stanford University Press, 2002.
- MAILLET, Eugène, *Essence des passions. Etude psychologique et morale*, Université de Paris, París, Hachette, 1877.
- MATHES, Eugene , *Jealousy: The Psychological Data*. Maryland: University Press of America, 1992.
- Marc, C.C.H., *Consultation médico-légale pour Henriette Cornier, accusée d'homicide commis volontairement et avec préméditation, précédée d l'acte d'accusation*, París, Roux, 1826.

MOREAU DE TOURS, *La folie chez les enfants*, Paris, J.-B. Baillière et fils, 1888.

REGNAULT, Élias, *Du degré de compétence des médecins dans les questions judiciaires relatives aux aliénations mentales, et des théories physiologiques sur la monomanie*, Paris, B. Warée fils aîné, 1828.

REGNAULT, Élias, *Examen critique d'un rapport de MM. Esquirol et Ferrus, sur deux homicides commis par un homme atteint de monomanie avec hallucination*, Paris, Imprimerie de Marchand du Breil, [sd].

SALOVEY, Peter (ed.), *The Psychology of Jealousy and Envy*. New York: The Guilford Press, 1991.

SCHOENFELD, Eugene, *Jealousy: Taming the Green Monster*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1979.

STEARNS, Peter N., *Jealousy: The Evolution of an Emotion in American History*. New York: New York University Press, 1989.

TEYSSIER, *Mémoire sur la monomanie homicide et réflexions sur quelques procès criminels*, Paris, Compère Jeune, 1829.

TISSOT, *De l'influence des passions de l'âme dans les maladies, et le moyens d'en corriger les mauvais effets*, Paris, Amand-Koenig, 1798, p. 116.

TRÉLAT, Ulysse, *La folie lucide*, Paris, A. Delahaye, 1861.

VAN SOMMERS, Peter, *Jealousy: What is it and who feels it?*, London: Penguin Books, 1988.

VILLERS, E., *Le délire de la jalousie*, Thèse présentée à la faculté de médecine de l'université de Bruxelles, Bruxelles, Henri Lamertin, 1899.